

adquirido ya una conciencia y, por ende, el conocimiento de sí mismo y del mundo en donde había inocentemente arraigado.

José Lins le concede a la escritura la función de revelar la realidad existencial. El camino vital, que se ha ido mostrando narrativamente, le ha ido procurando a ese niño protagonista una conciencia con capacidad de encontrar un sen-

EN LA RED DEL ARTE

María Teresa de Vega ha reunido una espléndida colección de cuentos en torno al título *Perdidos en las redes*. Son las redes en donde el ser humano se siente incluido nada más nacer, y en donde se enmarcará junto a otra gran cantidad de vidas. Se nace en una cultura y en ella prosiguen los subsiguientes procesos y ciclos del vivir. Se actúa y se piensa de acuerdo y bajo una enorme atmósfera cultural. Se está bajo ese poder, que detenta códigos, y cuyo lenguaje determina actitudes y conductas, y sitúa la conciencia en relación al mundo, a las cosas y respecto a sí mismo. La cultura es una malla apretadísima en uno de cuyos nudos queda prendida la persona. El siglo XX aporta y extiende los sucesivos perfiles con que la narrativa ha ido dibujando la diversa caracterización de lo humano. Cada personaje, que ocupa el rincón de una época, se ocupa de organizar el saber que su tiempo le demanda. El sujeto construye una conciencia que busca el conocimiento. Para ello debe entrar en el espacio oceánico de un lenguaje al que, por venir de épocas remotas, no se le ve sus límites como tampoco su cabal significado. Se da por lo tanto un espacio de contingencia, un cierto aire de enigma que se resiste a la revelación. Los pasajes narrativos cuentan con la presencia de lo *no conocido*. El ser humano se debate entre dos mundos; es, en expresión de Foucault, un *alótopo*, un ser doble que tiende a entrever realidades invisibles a partir de realidades vitales empíricas.

tido a los actos que totalizan su vida. Cada acción o episodio, cada hecho contado, ha trascendido en instrumento de análisis; un análisis que recorre de parte a parte ese trozo de vida para alcanzar una idea que la sintetice: "Niño de ingenio... niño perdido": cinco últimas palabras que el autor asienta y aísla en la última línea escrita de la novela.



La historia no se muestra como una línea medular progresiva. La discontinuidad es una marca impuesta por una conciencia que configura, de acuerdo con los tiempos y espacios que habita, una determinada estructura histórico-cultural. Ante sus ojos la Naturaleza, en ocasiones, se manifiesta como prolongación del origen. Sobreviene como una fuerza cósmica que dispone de un lenguaje propio. El sujeto que la contempla entiende su voz. Hay una armonía total entre mundo y sujeto; una misteriosa comunión entre el gran océano y "Un director de orquesta", como así titula el cuento inicial de *Perdidos en las redes*. Posee este director, en contacto con ese mundo, un don *preternatural* que le concede tener al mar como una gran orquesta a sus órdenes, y con la bóveda del cielo como cósmica sala de concierto. La Naturaleza se ofrece como un espectáculo sinfónico, se espectaculariza como un sugerente modo de expresar el vínculo mágico entre sujeto y realidad.

Pero no es este tipo de marco y actuación lo que abunda en este libro. El mundo narrativo muestra pródigamente cómo los diversos protagonistas de los relatos perciben la fragmentación del cielo cultural. Reinan esferas aisladas, cerradas, diferenciadas unas de otras, cada una intentando prevalecer sobre las vecinas. La esfera social y cotidiana se enfrenta a la esfera del arte. La caracterización del personaje se ata al ámbito común y, como resultado, va encarnándose una existencia correlativa al sector incomunicado y autosuficiente en el que se inserta. El personaje, distante de una visión total del mundo, tomará conciencia de las cosas de fuera y, por otra parte, conciencia de su propio mundo interior. No hay correspondencias entre uno y otro mundo. Y habrá de tomar posición. Y lo hará desde la única que conoce o en la que confía: la razón artística. Queda así marcada su humanidad como humanidad incompleta, excéntrica, incapaz de establecer un vínculo natural y comunicativo con el mundo. El arte se ha interpuesto entre el ser humano y la vida. El arte puede llegar a ser artificio.

El conocimiento de lo artístico, ese conocimiento cultural aprendido, erudito, se concibe no sólo como única tabla de salvación en este naufragio del mundo y en este naufragio vital. Todos los elementos culturales y artísticos pueden entenderse, además, como instrumentos de defensa o ataque; o como un mecanismo asumido y desarrollado para detectar la falsedad con que las palabras encubren los deseos. El cuento “La piedra de Sísifo” es una muestra de lo antedicho; esa narración carga con el peso de declarar “el fin del arte”, la consumación de lo artístico. Un acabamiento que pone en cuestión el destino de la propia sociedad que, al degradar el pensamiento, degrada todo cuanto el arte ha venido tocando milenariamente: naturaleza, hombre, sociedad.

No extraña que los personajes se sientan como elementos perdidos en el espacio y en el tiempo de una cultura carente de sentido. Todos propenden a construir su identidad en un ámbito que, por ser social, tiende a la homogeneización. “Juguete” relata el cuestionamiento de una cultura predeterminada y ajustable por igual a todos. De ahí que encuentre en “los otros” un impedimento para crear o recuperar su identidad. Hay un destino para una conciencia que se quiere huérfana. ¿El destino? La soledad. Pero no se alcanzará tal estado sin antes entrar el personaje en conflicto consigo mismo. Entabla una lucha en pos de una identidad cuya carta estará condicionada por otras presencias humanas que interfieren; seres humanos que no valen ya como modelos en que fijarse y en donde verse como reflejo. El sistema ya está

predeterminado realmente, pero la autora lo transfigura fabulosamente. El protagonista de “Pastoral”, que piensa, lee y oye música se confronta con (y conduce a) sus condiscípulos a un proceso de ridícula animalización (monos y conejitos); en la caricaturización cabrá también la peste profesoral, remedadora de ideas (“el pico idiota del faisán” –que diría Lorca). En medio de esta educación sin orientes, los pensamientos y reflexiones se van desatando de la conciencia con un objetivo: dar con una sentencia, con una creencia, con una frase que lleve a una definición de la vida, de la existencia.

Si en algún momento hubo entrañable afinidad entre sujeto y naturaleza (y lo hubo), en el tiempo actual la relación afectiva entre los seres humanos se manifiesta deficitaria o nula; predomina el desamor. Las relaciones amorosas son situaciones o actos pasajeros. Ese desarraigo del otro busca compensarse por vías puramente creativas. La realidad deja paso a la ficción. Si en el cuento anterior se apreciaba la animalización del humano; en otros –y son varios– se muestra la antropomorfización de un animal que acompaña al individualizado personaje. El perro ocupa ese lugar, usurpando atributos a los humanos. La situación no sorprende. Vienen a ser estos animales unas figuras perfectas que pueden ser modeladas a voluntad y creadas a la imagen que desee el creador. Proyecta humanidad allí donde lo humano ha desaparecido.

Se plantea la relación existente entre vida y literatura; destino y literatura; se va revelando ese ir haciéndose un personaje al que la escritura lo echará al camino para ver qué pasa, y a dónde llega. No son personajes de una sola pieza; tanto o más que el mundo, todos están fracturados. Viven una serie de yos múltiples que los constituyen. Y en este punto se entra en otro camino que, sin salir del sujeto, elabora identidades propias mediante “las visitas de mis heterónimos” –así se expresa, soliloquialmente, el personaje de “Vivir en el papel”-. El pensamiento desea hacerse fugitivo en el área de una cultura inmóvil. Desea lo fugitivo sin perder el tronco de su identidad. Si es el ambiente lo que predetermina, la modelación de las circunstancias requerirá conciencias o personalidades consonantes. Se sufre un desdoblamiento, el heterónimo apunta hacia una fragmentariedad de la conciencia, pero no se olvide un punto importante: el uso del heterónimo es un fenómeno que pertenece a lo literario, no a la vida; es un juego de ficción, no una patología de la mente; es la confesión suma de una *no conocida* región de la personalidad humana, de esa región invisible que la autora, con medios estrictamente literarios, pretende abarcar y proponer como reales.